

Al pie del Ortler, un industrial de Turín hizo construir para su hijo de veintidós años, por un arquitecto famoso en el mundo entero, un hotel, que a su terminación fue calificado del más moderno y el más caro, no sólo de toda Italia, y que tenía doce pisos y, realmente, estuvo acabado ya después de año y medio de construcción. Antes de comenzar las obras hubo que hacer una carretera, de diecinueve kilómetros de longitud, en aquel paisaje hasta entonces inaccesible, uno de los más intactos de los Alpes en general, que le llamó la atención por primera vez al industrial de Turín en una excursión a la montaña con un amigo inglés y le pareció inmediatamente apropiado para construir un hotel así. Unos mil obreros encontraron trabajo en esas obras. La víspera de la inauguración del hotel, el hijo del ambicioso turinés tuvo súbitamente un accidente mortal en el circuito automovilístico de Monza. Después de ello, la fiesta de inauguración no se celebró ya. El infortunado padre decidió, el mismo día del entierro de su hijo, no poner jamás los pies en el hotel recién terminado y, a partir de ese día, dejar que se hundiera por completo. Indemnizó y despidió a todas las personas necesarias y ya contratadas para la explotación del hotel, y bloqueó la carretera de acceso, prohibiendo la entrada a todo el valle en cuyo fondo se encuentra el hotel. En una excursión al macizo del Ortler, desde Gmagoi, nos tropezamos de pronto con ese hotel que, en ese tiempo, tres años después de su terminación, hacía ya una impresión espantosa. La intemperie de años había destrozado hacía tiempo las ventanas, arrancando grandes partes del tejado, y en la cocina, todavía totalmente equipada, crecían ya grandes árboles, probablemente pinos.